

Dr. Agustín G. CAEIRO IN MEMORIAM 1097 - 1990

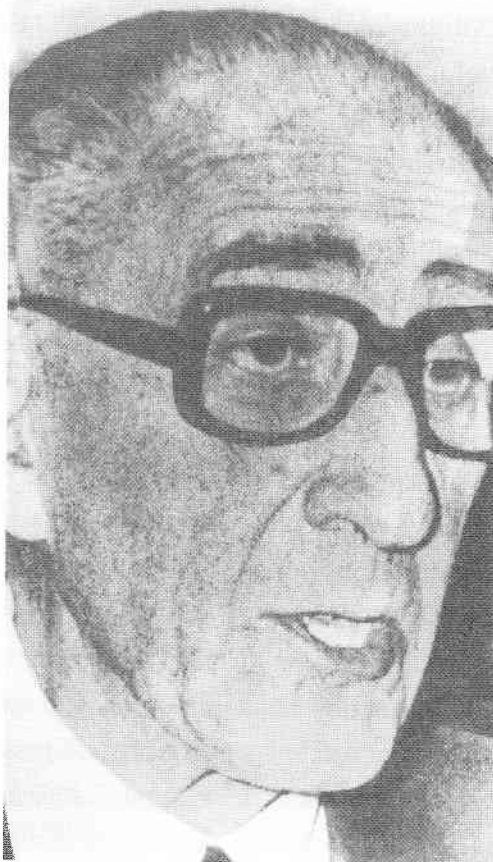
Son muchas las razones para recordar a Don Agustín. La primera es la memoria de su entrañable presencia en nuestro quehacer diario. Nos sentíamos seguros; sabíamos que él tenía toda la carga de amor, experiencia, sabiduría y generosidad que necesitábamos para llevar adelante nuestra empresa. Perteneció a una generación de luchadores para quienes la ética, la ciencia, la solidaridad y sobre todo la libertad eran pilares ineludibles para cualquier construcción.

Tuvo grandes maestros pero es con el doctor Oscar Orías con quien realizó la síntesis perfecta de su formación y fue uno de los exponentes más lúcidos y consagrados de su ideario. Esa generación produjo dos hechos

claves en la medicina de Córdoba: la fundación del Hospital Privado y la del Instituto de Investigaciones Médicas Mercedes y Martín Ferreyra. Medicina de alto nivel e investigaciones básicas, fueron y siguen siendo sus logros más importantes.

En la escuela fisiológica de Gumersindo Sayago quizás puedan rastrearse las inclinaciones hacia los aspectos sociales de la medicina. Esto dado en un cristiano auténtico que vivía según los principios fundamentales de su doctrina.

Fue un semiólogo perfecto. Su paso por la cátedra de Antonio Navarro y su colaboración en el libro de este maestro, son antecedentes que explican su refinamiento en la técnica de examen que en los últimos años de su vida solía contraponer risueñamente a métodos de



exploración más sofisticados. Entendió la docencia como una convivencia e intercambio de experiencias generacionales. Tenía una modestia auténtica que facilitaba el acercamiento de quienes buscaban en él consejo de toda índole. Hombre de gran cultura, su relación con los libros era apasionada. A pesar de las muchas influencias que en él se reconocen, puede decirse que en gran medida fue un autodidacto. Y que el repertorio de sus inclinaciones fue tan amplio como lo demanda la formación de un hombre culto. Tuvo un compromiso total con su época y con la realidad de su medio social. Actuó según sus más íntimas convicciones y siempre lo hizo con valor, inteligencia y ecuanimidad. Vivió ejemplarmente en

familia y nos dejó las instituciones, los principios y hasta la compañía de sus hijos y nietos con quienes compartimos la continuidad de su obra. Son muchas las razones para recordar a Don Agustín. Si descansamos en medio de la naturaleza siempre nos viene a la memoria algún instante vivido con él que tanto la amó. Si leemos algún libro siempre recordamos al interlocutor inapreciable que fue para el comentario y la discusión de su contenido. Y si abandonamos el Hospital por donde él solía hacerlo, cómo no esbozar una sonrisa tierna en memoria de esa compañía final de un día de trabajo cuando prolongábamos nuestra labor en ese diálogo postrero con Don Agustín.

Son muchas las razones para recordarlo.